

Adelardo de Bath, *Cuestiones naturales*, Traducción por José L. Cantón Alonso, Introducción y notas por Pedro Mantas España, Colección de Pensamiento Medieval y Renacentista – Nueva Serie 2, Pamplona, EUNSA, 2019, 213 pp., ISBN: 9788431333799. Cloth: €16,50

Reseñado por NATALIA G. JAKUBECKI
 Universidad de Buenos Aires – CONICET, AR
 jakubecki@gmail.com

Las *Cuestiones Naturales* (*Quaestiones naturales*) de Adelardo de Bath forman parte del repertorio de piezas bibliográficas insoslayables para comprender sino el siglo XII en su totalidad, al menos una parte no desdeñable de este. En cierto modo, en ellas se conjugan esos «dos renacimientos» de los que hablaba Alain de Libera en *La philosophie médiévale*: uno autóctono y uno importado, representados aquí por la curiosidad naturalista que necesariamente acompaña al interés que el medio intelectual urbano profesó por la *physica*, por un lado, y los nuevos conocimientos que llegarán a la cristiandad occidental gracias a las traducciones del acervo textual greco-árabe, por el otro. En pocas palabras, y para utilizar la terminología del propio Adelardo, las *CN* son una muestra del encuentro de los *studia gallicorum* con los *arabum* y un reflejo, a su vez, del tránsito intelectual del autor mismo.

Dedicada a Ricardo, obispo de Bayeux, la obra consiste en un diálogo –ficcional sin lugar a dudas– entre Adelardo y un sobrino, en el cual este le pregunta acerca de las «*causae rerum*». Más específicamente, le propone 76 cuestiones pasibles de dividirse en tres grandes bloques temáticos de creciente complejidad: 1. sobre las plantas y los animales brutos, 2. sobre los seres humanos, 3. sobre meteorología y física celeste. El autor-personaje, dice, satisfará los planteos de su interlocutor «proponiendo ideas tomadas de los estudios de los árabes» (*CN, incipit*) aun cuando en sus respuestas sea innegable el peso de la tradición latina.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que en esta oportunidad nos toca celebrar la primera traducción de las *CN* al castellano. La misma fue realizada por José Luis Cantón Alonso a partir de la edición crítica de Charles Burnett, incluida originalmente en *Conversations with his Nephew* (1998) y reproducida aquí enfrentada a la traducción, siguiendo el formato habitual de la colección «Pensamiento Medieval y Renacentista» a la que pertenece. Por su parte, Pedro Mantas España, reconocido estudioso de la obra del batoniense –responsable, entre otras cosas, de traducir a nuestra lengua el *De eodem et diverso* para esta misma revista (nn. 5 y 7)–, enriquece el trabajo de Cantón Alonso con la notación de la fuente y una cuidada Introducción.

Esta última se divide en tres secciones. La primera de ellas se titula «Adelardo de Bath, aspectos biográficos» y, como es evidente, recorre la vida y obra del inglés. Se detalla su inusual formación, la cual se inicia en Bath y en Tours, y avanza hasta la

antigua Antioquía; formación que, huelga decirlo, lo convierte en una de las primeras figuras que aúna los saberes más sutiles del Occidente latino y del Oriente próximo; algo así como una sinécdoque de su propio tiempo. En esta sección también se repasan los títulos que conforman su legado, ya sean los de autoría propia, ya sus traducciones entre las que se destacan los *Elementos* de Euclides y las famosas *Tablas astronómicas* de al-Khwārizmī.

La segunda sección, «La ruta intelectual desde *Sobre lo idéntico* hasta las *Cuestiones*», es un poco más extensa y se centra en la producción original de Adelardo. Si bien se pasa revista al contenido de los textos, no es este el enfoque que prevalece. El énfasis, en todo caso, está puesto en la circulación de conocimientos y fuentes que el batoniense compartía con sus contemporáneos, en especial con el converso Pedro Alfonso de Huesca, con el célebre maestro chartrense Guillermo de Conches y su *Dragmaticon* y, finalmente, con la producción del círculo médico de Salerno. En lo tocante a las fuentes, Mantas se detiene tanto en las manifiestas –entre las cuales sobresalen el *Timeo* de Platón en la traducción de Calcidio, la *Consolación* de Boecio y las *Saturnales* de Macrobio– como en aquellas mucho más difíciles de conjeturar y probar, esas que provienen de los que Adelardo llama sus «*magistri Arabici*» (CN6). Al respecto de estas últimas, Mantas retoma la objeción que ya Burnett le hiciera a la controversial hipótesis de Margaret Gibson, según la cual las remisiones a esos enigmáticos maestros árabes que aún hoy no han podido ser identificados no son sino un dispositivo retórico del filósofo inglés para no comprometerse con afirmaciones que pudieran resultar mal vistas por sus coterráneos. Mantas, por el contrario, sostiene que «con los hechos evidentes que sus obras representan, no puede pensarse que hablar de *lo árabe* sea, sin más, un recurso evasivo o una coartada intelectual»; antes bien, prosigue, «lo que Adelardo capta y aprende [...] es un nuevo modo de acercarse a los problemas», lo que le permite apropiarse de una tradición de pensamiento ajena para completar y sobrepasar la propia (pp. 41-42).

La tercera y última sección de la Introducción corresponde al catálogo completo de «Manuscritos y versiones renacentistas impresas» que sirvieron de base para efectuar la edición crítica. Culmina con una síntesis de las anotaciones que Burnett hiciera en su propio libro sobre las particularidades de algunos manuscritos.

El listado bibliográfico que corona este tramo de la publicación está cuidadosamente dividido en cinco ítems. El primero se limita a explicitar las abreviaturas de las series que se citarán a continuación. Los dos ítems siguientes corresponden a Adelardo: uno lista su producción propia y las versiones que de ellas se hicieron en diferentes idiomas modernos; el otro, las traducciones que en sus días había hecho el autor incluyendo, desde luego, sus respectivas las referencias. Sigue entonces un listado de las restantes fuentes primarias utilizadas en la Introducción y otro, ya en el quinto ítem, con los textos complementarios. Es menester advertir que si bien la bibliografía es nutrida y consigna trabajos publicados en la última década inclusive, los responsa-

bles de su confección han tenido la generosidad de reenviar en una nota al pie (p. 49) a un repertorio aún más completo y actualizado.

En cuanto a la traducción, nos encontramos frente a un texto claro y de prosa fluida, y que sigue de cerca el original latino en la medida en que le es posible, aunque en los casos en los que una rigurosa literalidad llevaría a forzar el castellano, el traductor se permite tomar algunas atribuciones literarias sin por ello dejar de respetar el sentido de base. Por ejemplo, allí donde el texto latino dice «*Quia sophisticè agis, determinanda est impotunitas*», se lee en castellano: «Puesto que argumentas de una manera falaz, hay que poner límite a tu insolencia» (CN5).

José Luis Cantón Alonso ha logrado sortear con éxito los diferentes escollos que supone la conjunción del vasto y complejo vocabulario técnico propio del contenido de las CN, por una parte, y el particular estilo de Adelardo, por otra. En tales escollos ya había reparado oportunamente Charles Burnett en la introducción a su edición (cf. *Conversations*, pp. xxxix-xl). Veamos algunos casos ilustrativos.

Una dificultad nacida de la índole misma de las temáticas abordadas radica en las apariciones de términos o significaciones inusuales, provenientes de un latín clásico tardío o bien de textos médicos de los siglos XI-XIII, como lo son «*occipitium*» para indicar no tanto el «lóbulo occipital» –traducción tentadora al igual que extemporánea– sino sencillamente «la parte posterior» del cerebro (CN18); o como «*sensile*», adjetivo sustantivado en la CN61 al que con acierto Cantón Alonso traduce por «mundo sensible». Adelardo también gustaba de hacer juegos de palabras, algo que suele ser muy difícil –cuando no imposible– de volcar a otra lengua. Un caso exitoso lo hallamos, por ejemplo, en la CN76, donde la duplicación de «*sedeo*» en la oración «*Quare que harum deffinitionum tibi sedeat, sedens expecto*» supone dos acepciones diferentes del verbo que el traductor logra conservar con gracia: «Por ello, aquí espero, sentado, que me digas cuál de estas definiciones está a tu juicio mejor asentada». Un último ejemplo es la atinada elección de «molleja» para dar cuenta de «*iecur*» (hígado) en la CN11. Tal como explica Cantón Alonso en la nota 44 (p. 93), es claro que la descripción de Adelardo corresponde a esta, por lo que es de suponer que se trata de una confusión terminológica por parte del medieval.

Resta por señalar que a las notas del traductor –que incluso en el caso de ediciones bilingües son bienvenidas– se le suman otras tantas de naturaleza histórica o hermenéutica confeccionadas por Pedro Mantas a las que con justicia les cabe el dicho «Lo bueno, si breve, dos veces bueno». Y ello en dos sentidos: no solo son pertinentes en todos los casos, sino también concisas. En otras palabras, no buscan eclipsar el texto al que tienen por función iluminar. Así pues, el resultado es un aparato de notas erudito que, sin agobiar, acompaña la lectura de una obra formal y conceptualmente tan peculiar como fascinante.